

DAVID SAINZ

CHUSMA



temas de hoy

DAVID SAINZ
CHUSMA

© David Sainz, 2023
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-9998-961-7
Depósito legal: B. 7.644-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PLAY

Un sábado cualquiera del año 1979, José convenció a sus compañeros de piso para salir a tomar algo en la discoteca Jérôme, muy cerca de donde vivían. Eran cuatro veinteañeros militares de la península destinados en Gran Canaria, que apenas conocían gente fuera del cuartel.

Miguel y dos Vicentes completaban la pandilla aquella tarde. Como si se tratase de un chiste viejo, un gallego, un andaluz, un aragonés y un valenciano se encontraron mirando desde la barra a un puñado de insulares que bailaba en la pista. A José, que era el más desvergonzado del comando, le llamó la atención una chica curvilínea que destacaba entre la multitud y se acercó a probar suerte. Aquel tipo abierto y simpático de metro sesenta solía ser la punta de lanza que abría el camino al resto. La muchacha se llamaba Mary, nacida en Cuba y residente en Canarias desde los ocho años. Había salido con su amiga Pino y comentaron que tenían que volver a casa antes de las nueve. Cuando José supo que aque-

lla misión iba a ser una dura contrarreloj, pidió refuerzos y comenzó su flirteo a toda velocidad con aquella chavala que le sacaba una cabeza. Por desgracia para él, Mary ya se había fijado en Miguel, el tímido sargento sevillano que le reía las gracias a su compañero y que no hubiera sido capaz de acercarse a hablar con ella en solitario. Si no hubieran destinado a José desde La Coruña a Las Palmas de Gran Canaria, si hubiera compartido su piso con otros, si no hubiese sido capaz de convencerlos para salir o si se hubiese fijado en cualquier otra de la discoteca, mis padres no se habrían conocido y yo no existiría.

Llegué al mundo sólo dos horas después de que acabase el día de los Inocentes del 83. Me libré por muy poco de que mi vida fuese una broma aún más evidente. Ese día, papá tenía justo diez años menos que yo cuando nació mi hija Julia. Hasta ese momento no me di cuenta de que mis padres, a los que de niño consideraba perfectos sabios y dioses todopoderosos, eran en realidad un par de chavales apagando fuegos constantemente. Jóvenes humanos cometiendo errores mientras intentaban criarme en una época en la que se pensaba que un hilo rojo en la frente podía quitarle el hipo a un bebé o que meterle un tallo de romero con aceite por el culo lo ayudaba a evacuar.

Miguel, mi padre, era muy fan del tebeo *El capitán Trueno* y propuso llamarme Goliat, como su personaje favorito. Pero mi madre, supongo que haciendo una relación directa, terminó llamándome David. Pasé de poder llevar el nombre de un gigante bíblico al del pequeño muchacho que lo derrotó de una pedrada. Es curioso el sentido que hoy tiene esto, llamarme como un inesperado vencedor que, a simple vista, tenía pinta de ser aplastado por un pisotón.

TRACK 1

TODA UNA VIDA

Antonio Machín

Sé que para muchos la década de los ochenta fue colorida y llena de purpurina. Para mí fue beis. Siempre la he recordado así. El beis es como el gris de los tonos marrones, la perfecta definición de mi niñez.

Fui el primer hijo, nieto y sobrino de mi familia durante cuatro años. Es el único motivo por el que sé lo que se siente al ser destronado de la noche a la mañana.

Durante esa época, mi padre pasaba el día uniformado en su cuartel y mi madre vendía medias en El Corte Inglés, así que pasé mucho tiempo en casa de mis abuelos maternos, Eva y Luis.

Él era un hombre cariñoso y activo, jefe de capataces de carga y descarga en una famosa aerolínea. Un ejemplo de peón que escaló con esfuerzo y constancia hasta el puesto más alto de su departamento. Le corría la sangre por las venas a una velocidad endiablada, caminaba como si estuviese preparándose para una competición de marcha atlética. Hacía en un solo día

lo que yo tardo dos semanas en hacer. Cuando era pequeño me recordaba a todos los señores sonrientes de pelo blanco que veía en la tele, como Miliki, Leslie Nielsen o Steve Martin. No heredé su energía ni sus ojos verdes, pero empecé a dibujar gracias a él. Cuando llegaba del trabajo, me traía los papeles donde estaban impresas las salidas y entradas de las que se había encargado durante esa jornada para que yo las garabatease por detrás.

Mi abuela era la persona más creativa de la familia. Cuando uno nace artista se nota sin que tenga que demostrarlo con obras. Su energía y la forma en la que hacía las cosas la delataban. Lo que la diferenciaba del resto era que aún conservaba la capacidad de jugar. De hecho, nunca la perdió. Años más tarde, se pasó todos los *Tomb Raider* de la primera PlayStation. Empecé a vivir escuchando boleros en la pequeña radio que la acompañaba a todos lados, y respirando arroz, frijoles, congri y picadillo de su cocina. Me entretenía entonando las canciones populares que aprendió en su Cuba natal. De ella heredé la fantasía, la curiosidad, el tempo tranquilo, la cadera ancha y el pelo fino. Cal y arena caribeña.

La tercera persona que vivía en esa casa era mi tío Julio, el más pequeño de los hermanos de mi madre. Aún no se había emancipado. Era un adolescente con las hormonas disparadas que no paraba de aprenderse canciones de Silvio Rodríguez a la guitarra para ligar tocando en la playa, haciéndose pasar por un bohemio sensible. Y lo conseguía. Las tardes en las que mis abuelos salían y me dejaban a su cargo, él aprovechaba para traerse una chica a casa y enrollarse con ella mientras me dejaba solo viendo películas en el salón. Por suerte para él, me encantaba. Ahí empecé sin saberlo a convertirme en lo que más me ha definido siempre: un espectador absoluto.

Me enamoré de aquella ventana mágica que era para mí la televisión. Incluso cuando sólo tenía dos canales para elegir qué ver, podía pasarme horas mirándola embobado, casi sin pestañear. El telediario nocturno, los wésterns que aprovechaba papá para echarse la siesta en los que aprendí a reconocer los extraños andares y las piernas arqueadas de John Wayne; los *thrillers* en los que mamá gritaba siempre la misma instrucción a la protagonista desde el sofá: «Dale una patada en los huevos»; los telefilmes del cantante Luis Miguel siendo un niño, e incluso *Cristal*, la telenovela en la que la protagonista sufría por el amor de Carlos Mata. Pero fue la sintonía de *Barrio Sésamo* lo primero que me hizo sentir mariposas en el estómago.

Mi padre me llevaba al cine cuando ni siquiera entendía el sentido de aquella pantalla tan grande. Recuerda que la primera película que vimos en el ya desaparecido Galaxy's fue *Bambi*, fue así como me estrené en una sala con la historia más dura y dramática de Disney. Me dijo que ese día hice que se arrepintiera de sentarse en medio de una fila porque tuvo que sacarme al baño cinco veces en la hora y media de metraje. Es curioso, porque la muerte de la madre de ese ciervo no me traumó tanto como la despedida de Dumbo o de Piecito de las suyas. No fue nada comparada con el caballo de Atreyu hundiéndose en aterradoras arenas movedizas, un miedo que compartimos todos los nacidos en los ochenta; un villano natural recurrente en aquellos tiempos, que desapareció de repente, dejando a toda una generación mirando el suelo que pisaba.

Desde muy pequeño tendí a refugiarme en la ficción, aunque no la estuviese viendo. Me acuerdo de las tardes en las que mis abuelos quedaban con su grupo de amigos. Se me hacían eternas aquellas horas aburridas sin televisión en las que ellos se divertían jugando al bingo o al dominó. Me salvaba, como siempre, la misma imaginación desmedida que

me condenó a ser un niño solitario. O tal vez ser un niño solitario hizo que la desarrollase. Sea como fuere, ambas cosas siempre han ido de la mano.

A mis padres siempre les decían que jamás habían visto un crío tan bueno y tranquilo. Me sentaban en algún sitio y me decían: «No te muevas, que ahora venimos», y así lo hacía. Me quedaba quieto, en silencio, mirando lo que fuera que tuviese delante atentamente e imaginándole capas al paisaje, añadiéndole magia a lo ordinario y convirtiéndome en el protagonista de mi fantasía. Esa imaginación también me llevaba a explorar jardines que convertía en junglas, playas que transformaba en desiertos o tiendas que en mi cabeza eran el escenario de una película de acción. Cuando mi madre me perdía de vista en los grandes almacenes donde trabajaba, sabía que me encontraría haciendo muecas delante de uno de los enormes espejos cercanos. Tenía mi propio mundo, del color y la forma que yo quería en todo momento. Y cada vez pasaba más tiempo allí.

Mi timidez enfermiza y las carencias sociales de las que ni siquiera era consciente, se hicieron evidentes durante mi etapa en la guardería. Recuerdo ver a una niña que siempre estaba sola. Cuando salíamos al patio me quedaba mirando extrañado cómo se aislaba, preguntándome por qué nunca hablaba con nadie. Luego miraba al grupo de niños que chillaban en los columpios y me parecía todavía más inquietante. Con el tiempo, volví accidentalmente a aquel recuerdo con la madurez necesaria para darme cuenta de un detalle importante. Mientras miraba a la solitaria y al resto de los compañeros con los que no se juntaba, yo también estaba solo. Era igual que ese bicho raro, no hice ningún amigo durante mi periplo en la escuela infantil. No se me ocurrió.

Una mañana nos dieron la ilustración de un flamenco para colorear. Odiaba esa actividad, nunca me gustó. Me re-

sultaba repetitivo y tedioso rellenar huecos en blanco con colores y la limitación de ese borde que debía respetar sin salirme. Aquel día decidí dibujar otro pájaro justo al lado del que ya estaba. Es algo que se me habría olvidado si no fuera porque la profesora pasó a mi lado, lo vio y me lo quitó rápidamente, sin decirme nada. Me dio miedo porque era consciente de haberla desobedecido. Me acuerdo de ver cómo se acercó a hablar con mi madre cuando vino a recogerme e imaginé que todo acabaría en una bronca. Pero no pasó nada. Años más tarde me enteré de que la profesora había quedado sorprendida e impresionada para bien con mi dibujo, ojalá lo hubiera sabido leer en su cara de susto.

Además fui un niño bastante enfermo y pasé mucho tiempo ingresado. Siempre que pienso en eso me pongo en el pellejo de mis padres y me entristece el miedo que pasaron por mi culpa. Problemas ocasionados por el asma, fuertes alergias o la púrpura me obligaron a pasar grandes temporadas en una habitación de hospital con un solo acompañante. Mi madre y mi abuela, que se turnaban durante el día, intentaban que no se les notase el miedo y que me tomara aquella experiencia como un juego, a lo Roberto Benigni en *La vida es bella*. Para un crío con una mente tan entrenada para colorearlo todo con fantasía, no les resultó difícil. Podía escuchar la divertida sintonía de Benny Hill mientras mi padre corría conmigo en brazos desde el coche a la puerta de la clínica, aunque no supiera qué responderme cuando le preguntaba adónde íbamos. Transformé en la nave X-Wing de Skywalker la camilla con ruedas en la que unos enfermeros me llevaban a toda velocidad por los pasillos del hospital.

A pesar de la dureza de la experiencia no tuve miedo porque no lo veía en el rostro de mis familiares, aunque estuviesen aterrorizados. Mi madre se escondía para que no la

viese llorar de pánico y forzaba una sonrisa que me aportase la sensación de estar a salvo que necesitaba. Me sentía seguro porque nunca estuve solo. Mi padre pasaba las noches en vela mirándome dormir, escuchando si notaba algo raro en mi respiración para llamar a una enfermera. Cuando mi abuela tenía que salir de la habitación durante las labores de limpieza, dejaba la puerta abierta y se quedaba en una zona del pasillo en la que pudiese verla. Incluso cuando me llevaban a un quirófano en el que no se permitía la entrada de acompañantes, mi tío Luis aprovechaba sus privilegios como médico para estar a mi lado y que yo siempre encontrase un rostro conocido entre todos aquellos sanitarios.

Mi delicada salud hizo que todos se volcaran en cuidarme y sobreprotegerme, haciéndome inevitablemente un crío temeroso. Supongo que eso y que apenas me relacionase con otros críos, interrumpió el desarrollo de mi picardía y me convirtió en un espectador crónico, de la pantalla y de la vida; amante de las películas en las que deseaba estar aunque me diera cuenta pronto de que nunca sería un héroe de acción, un galán de culebrón o John Wayne.

Yo había nacido para ser un extra sin frase en el fondo de una escena, pero pensaba que ese figurante también podía ser el protagonista de su propia historia. Aunque fuese la historia aburrida y beis de un perdedor. Ya me encargaría de imaginarle música, efectos especiales, una damisela en apuros, un fiel compañero afroamericano que soltara comentarios graciosos, un perro parlante y alguna victoria aislada. Por desgracia, el mundo al que me enfrentaba hacía que no tuviese que inventarme villanos. Aunque estaba aún en los créditos iniciales, era inevitable soñar con algún *plot twist*.